

TRAS LAS HUELLAS DE MARTÍN LLAMAZALES

TEXTO Y FOTOS



Julio Diego Iraeta

Su afición al montañismo supera los 40 años, durante los cuales ha recorrido y ascendido las cumbres más significativas de la Península Ibérica: Pirineos, Sierra Nevada, Picos de Europa y Cordillera Cantábrica. En el Atlas y los Alpes ha estado en las cotas más relevantes. Amante de la historia del alpinismo en general, compagina esta actividad con la fotografía de paisaje y la literatura de montaña coleccionando libros antiguos. Socio del GATB desde 1977 participa en tareas del Club como la organización de la semana de montaña.



CIRCULAR A TRAVÉS DEL PICO NIAJO (1732m), EN EL CORAZÓN DEL DESFILADERO DE LOS BEYOS

21 km | 9 h | +1500/-1400

Se trata de un largo trayecto que discurre en gran parte sin camino, en una de las zonas más salvajes y despobladas de la cornisa Cantábrica. Además de una buena condición física hay que tener experiencia y orientación en montaña.

PUENTE VAGUARDO – TOLIVIA

Para iniciar la ruta debemos coger la carretera N-625 en sentido Cangas de Onís a Riaño. Tomaremos como referencia el puente Viesga donde se encuentra el hotel de mismo nombre. Pasado el punto kilométrico 128, en la primera curva, hay un pequeño espacio para aparcar el vehículo.

A las 8:00 de una mañana que presenta un despejado y diáfano ambiente, empezamos la aventura en los primeros días de invierno. Retrocedemos unos pasos por la carretera hasta llegar a la señal de peligro por desprendimientos; en el poste vemos la marca amarilla y blanca de PR. En este punto descende-

En frente el collado de Reces, la puerta de Llué junto a la Peña El Toru

Entre los abismos de los Beyos y los balcones ponguetos a finales del siglo XIX discurrió la vida de un personaje singular, "Martín el de Llué", que refleja la dura subsistencia ante lo que hoy consideramos uno de los cuadros más hermosos pintado por la naturaleza

Paisaje sobrecogedor para el viajero por su atractiva belleza, gigantescos paredones, agujas que se pierden en el cielo, carretera sinuosa y estrecha, y al fondo, el murmullo de las aguas del Sella que descienden salvajes para unirse al Cantábrico. También en este espacio natural ha existido y perdurado en el tiempo la presencia del hombre en los lugares más recónditos, allá en lo alto de la peña o en la profundidad de los barrancos, lugares poco accesibles, donde la montaña no ha sido un hábitat amable, sino todo lo contrario.





Cornión. Peñas Santas

mos por una senda hasta la orilla del Sella para cruzarlo por el puente Vaguardo, encontrándonos en el punto más bajo del recorrido (410 m); pasado el puente de madera, a la otra orilla, seguimos un sendero despejado y en ascenso continuo pasamos por el Seu de Cuerria de Quixandi, desde donde observamos una cueva utilizada como corral.

Continuamos descendiendo en pendiente, deleitándonos con el paisaje que nos rodea, el desfiladero toma una forma más agreste desde este lado. Seguimos bajando hasta el cañón del río Mojizo y lo cruzamos por un vaporoso puente metálico colgado en el mismo abismo del tajo. Este puente sustituye al antiguo de madera que fue paso clave para las gentes que vivían en Tolivia. Nuestro protagonista sajambriego, Martínón, pasó una de tantas veces con la que fue su primera compañera montada en un mulo para llevarla a su futuro hogar en la escondida majada de Llué y compartir juntos la soledad de estas montañas.

La senda nos conduce a través de una fuerte pendiente en sucesivos zig-zag hacia el colladín Espina, desde donde apreciamos el desfiladero impenetrable del río Mojizo y el collado Reces, junto a la Peña El Toru, paso obligado para llegar a Llué. Cuando la cuesta se relaja bajo la Peña Norín reponemos fuerzas. Retomando la pendiente encontramos muros de piedras; aprovechando oquedades de la pared han construido corrales para cabras. Al sur, en la otra vertiente del Mojizo, sobresale la pared norte del Nijao con la canal de la Rumiada que la atraviesa por la mitad; al final de la cuesta nos recibe el Forcau de Tolivia (720 m), desde donde apreciamos restos del pueblo sumergidos prácticamente en la vegetación.

Martín, fortachón y de carácter amable, era muy querido por las gentes de Tolivia ya que se prestaba a cualquier favor para los vecinos. Tras una cacería por un grupo de señoritos, el oso abatido cayó por un barranco; Martínón siguió su rastro y cuando todos lo daban por perdido apareció con el oso a hombros.

Tolivia se asienta en un rincón oculto en el espeso robledal del valle de Torbenu, aislado del resto del mundo

Encontramos una pequeña capilla y su diminuto cementerio. El pueblo, en estado ruinoso y abandonado, aún conserva parte de su esencia, un hórreo beyusco parece desafiar el paso del tiempo. En dirección oeste vamos dejando las últimas casas, no sin antes pasar por la fuente que tiene una inscripción de 1928.

TOLIVIA – LLUÉ

Desde la fuente seguimos un camino bien marcado que se dirige al suroeste. Atravesamos en fuerte pendiente un espeso bosque de castaños y avellanos que ganando altu-



Cueva de Los Angotinos

ra son sustituidos por hayas y robles, hasta alcanzar el collado Cociyon (850 m), prominente hombro que divide los valles de las Cruces y Trexéu. Estamos en el bosque de La Varera; aunque el camino muestra signos de deterioro aun se percibe que antaño fue una vía importante de comunicación entre los pueblos ponguetos de este lado de la montaña.

La calzada nos conduce a Prao el Foyo (980 m), zona de pastos. En este punto abandonamos las marcas del PR; giramos hacia la izquierda por el interior del hayedo sin apenas rastro de senda, aunque algún hito nos indica la dirección hacia el collado Trexéu (995 m). Continuamos sin perder altura buscando rastros de senda entre la frondosidad del bosque hasta que alcanzamos el collado Reces (980 m). Este enclave es la puerta natural de la majada de Llué con el resto de las aldeas beyuscas; en dirección sur contemplamos el valle de Ruaguín por donde ascenderemos en busca del collado Llaete.

Descendemos 400 m por la ladera de un bosque de hayas para llegar a la antigua casa de Martin; el camino antiguo ha desaparecido, tan solo unas marcas amarillas en las hayas nos ayudan a superar este laberinto; el desnivel, muy pindio, lo abordamos por el lado derecho. El bosque conserva un estado salvaje libre de la mano del hombre. En la parte final encontramos la senda donde los avellanos nos reciben en la majada de Llué.

En la actualidad este aislado y solitario lugar está declarado reserva biológica dentro del parque natural de Ponga

Una selva de ortigas y maleza ha cubierto lo que antaño fue un hermoso prado de ricos pastos, los restos de la casa, las cuadras y el molino, todos ellos testigos fieles de una vida

en el pasado que con 400 años de historia hoy no es más que una leyenda.

A Llué se llega por sendas de fuertes desniveles rodeadas de montañas inaccesibles, ofrece un paisaje de insólita belleza y bravura al que se accede tras horas a pie sorteando pasos de considerable dificultad y que en épocas de fuertes nevadas hace que el aislamiento se convierta en una auténtica prueba de supervivencia para cualquier mortal.

Aún permanece en el recuerdo de los beyuscos el suceso de Martinón con tintes de fábula: fallecida su esposa durante una fuerte nevada en el invierno de 1924 y ante la imposibilidad de salir de aquella olla, durante el día la enterraba en la nieve para conservar el cuerpo y, por la noche, la introducía en la casa para evitar que los lobos la devoraran; fue así hasta que el deshielo le permitió cargar a hombros los restos de su mujer y ascender Reces, donde encontró a un vecino de Tolivia, el tío Pepín, quien le ayudó a transportarla hasta el cementerio del pueblo y así darla sepultura.

LLUÉ – COLLADA LLAETE

El Mojizo atraviesa la vega de Llué para perderse por las hoces que llevan su nombre y unirse al Sella. Tras disfrutar de este bucólico rincón, continuamos por el valle de Ruaguín, dirección sur. Debemos cruzar el río, descalzos y sin pantalones nos aventuramos por las gélidas aguas que bajan de la zona de Arcenorio. Después del remojón continuamos, sin distinguir el camino, en suave ascenso por la pedrera que se precipita del Niajo; al echar la vista atrás obtenemos la mejor vista de Llué. Proseguimos por el pedregal hasta una zona boscosa en el punto más estrecho del valle, en el que aparecen resto de sendas; una vez pasado el estrechamiento, entramos en un territorio de pastos y bosque que en fuerte pendiente nos acerca hasta Cermoso (880 m), donde encontramos restos de chozas. El río Ruaguín nos abandona siguiendo dirección SO hacia los apacibles pastos de las praderas de Arcenorio. Nosotros continuamos hacia el sur. Superamos una serie de lomas con abundante vegetación, las ortigas han colonizado esta zona que en otra época fuera rica en pas-

tos; al menos las primeras nieves del invierno las han aplastado y podemos avanzar con rapidez hacia un terreno que se va estrechando hasta constituir la Foz de Llaete. En el interior de este mágico rincón retomamos la senda perdida. A medida que ascendemos la pendiente se suaviza, el horizonte se abre ante un hayedo y una vagoneta abandonada en medio de la senda. Aparecen restos de una antigua explotación de espato flúor en las inmediaciones de las campas de Llaete; hacemos un alto en el camino para reponer fuerzas junto a un barracón reconstruido por el Grup D'exploracions Subterrànees de C.M. de Terrasa (1220 m).

En las proximidades del refugio podemos disfrutar de una joya geológica: el pozo de los Angostinos

Una dolina por encima de la entrada hace que el curso del arroyo Sera caiga a modo de cascada sobre la misma boca. Desde este punto el recorrido se hace más amable ya que

una pista bien marcada nos conduce hasta el mismo collado de Llaete. A pocos metros de abandonar el pozo, encontramos las huellas de un oso que siguen nuestra dirección durante unos pocos metros, desviándose hacia Arcenorio en busca, quizá, del bosque de Pelotño, un lugar más apropiado para su descanso. Nosotros giramos a la izquierda, atravesamos la majada de Cardanal y pisamos el collado Llaete (1405 m).

COLLADO LLAETE – RIBOTA

Estamos en el punto más alto de la travesía, a nuestras espaldas los puertos de Llaete y el cordal de Ponga con sus características cumbres: Zorru, Pileñes y Peña Ten. Frente a nosotros el majestuoso valle de Sajambre; el reflejo de la luz del atardecer sobre las paredes de los Picos de Europa nos impresiona, destacando entre todos Peña Santa, icono del macizo Occidental.

Comenzamos un largo descenso por una pista acondicionada para el transporte forestal y ganadero que conduce hasta el pueblo de Pio. La bajada a través de la sinuosa pista re-

Tolivia, pueblo fantasma donde perdura algún hórreo intacto



sulta agradable gracias al peculiar paisaje que nos rodea: los bosques y desniveles del valle del Zalambra. Nuestro objetivo es el pueblo de Ribota así que tendremos que abandonar la pista. Mientras atravesamos zonas de praderas con cabañas desperdigadas, encontramos la fuente abrevadero recién reconstruida Los Fresnos, donde aliviarnos nuestras gargantas. Unos metros más abajo, en la primera curva cerrada, nos desviamos a la izquierda por un camino más pequeño hasta un repetidor de televisión. Justo debajo hay una cabaña bien conservada desde donde arranca una senda que, en pronunciada pendiente, nos guiará a través del valle de Igueyo, por debajo de los murallones del Pozalón y Niajo. El camino está bien trazado y armado con muros de piedra, el

suelo tapizado de hojarasca nos indica la buena dirección. Los últimos pasos y sin variar la inclinación en el descenso nos dejan ante un viejo y enorme castaño, entramos en Ribota (530 m). En el centro del pueblo, una anciana nos indica un atajo por la orilla del Sella que evita parte del recorrido por la carretera. La senda transita a través de una zona de prados donde las aguas del río se deslizan sin prisa por debajo de la gigantesca pared del Niajo. Cobarcil, un grupo de casas junto a la carretera, aparecen al final del camino. Ahora no queda más remedio que continuar por el asfalto dirección norte. En los últimos metros nos asomamos por el abismo del desfiladero donde las aguas vuelven a resurgir con la bravura que las caracteriza. Justo en el ocaso del día llegamos al vehículo,

cansados pero satisfechos de una dura jornada en la que hemos satisfecho la curiosidad de conocer los lugares donde transcurrió la vida de nuestro protagonista.

PARTICIPANTES

Alejandro Ortega, Joseba Plazas, Txema Gorostiaga y Julio Diego.

BIBLIOGRAFÍA Y CARTOGRAFÍA

Entre los Beyos y Ponga. Guillermo Mañana Vázquez

El Cordal de Ponga. Juan Delgado

Amieva y Ponga, historia y caminos antiguos. Francisco Ballesteros Villar

Mapa: *Ponga y su entorno.* E: 1:50.000

Pica Ten, paisaje de Sajambre

